

haber colocado junto á una ventana su balandran y sombrero para simular que se quemaba, escapando mientras tanto por una puerta falsa: y aunque muchos creyesen á la letra las atrocidades imputadas á nuestro caballero respetable, fué bastante para producir serias consecuencias como se verá por la continuacion de esta historia.

CAPITULO IX.

BESSUS.

¡Caballero, esto es un duelo!

EL MENSAGERO.

No le mudemos el nombre,

Esta es una invitacion

Donde solo se os propone

Tal sitio, tal dia y hora

Para que asistais....

El rey que no es rey.

Permaneció uno ó dos dias el señor Solsgrace en Moultrassie-Hall despues que le echaron á la fuerza de la casa del curato, y no contribuyó poco al aumento del aire sombrío del amo de la casa la melancolía que debió infundirle naturalmente esta situacion, El ministro

rito personal como á causa de sus sermones, miraba como enemigo mortal suyo al bravo caballero, y por consecuencia le era facil creer se hallaba expuesto á un peligro inminente quedándose en Martindale-Moultrassie; pero lo que mas le hacia decidirse á partir del condado de Derby era la idea de que haria en ello un servicio á su Iglesia.

— Tal vez, decia él, será permitido á pastores menos conocidos, aunque mas dignos, reunir los restos de un rebaño esparcidos por las cavernas y soledades, y la rebusca de las viñas de Efraim dará mas en sus manos que la vendimia de las de Albiezer. Pero yo, que tantas veces he levantado el estandarte contra los poderosos, yo cuya lengua, semejante á un vigia en lo alto de una torre, ha impugnado al papa, el obispado y á Peveril del Pico, yo, ¿quedarme entre vosotros? ¿Esto seria hacer que descargase la espada sangrienta de la venganza inmolando al pastor y ahuyentando el ganado? Ya me han embestido las manos de los que derraman la sangre en el terreno mismo que ellos llaman sagrado; y vosotros habeis

visto como utrajaban al justo, cuando él sostenia mi causa. Pondréme pues mis sandalias, me ceñiré los lomos y me iré á un pais bien distante, para obrar allí segun lo exija mi deber, y para dar testimonio de la verdad ya en el púlpito, ya en medio de las llamas.

Estos eran los sentimientos que manifestaba Solsgrace á sus amigos desanimados, y entraba en detalles más menudos con el mayor Bridgenorth, no faltando al mismo tiempo á reprenderle, con el celo propio de un amigo, la precipitacion con que habia dado la mano á una muger amalecita. Recordábale que por obrar así se habia hecho su siervo y su esclavo por cierto tiempo como Sanson vendido por Dalila, y que hubiera morado mas largo tiempo en la casa de Dagon, si la mano de Dios no le hubiera librado del lazo. Que él siendo el Campeon de la verdad, se habia visto caido entre el polvo, á la faz de Israel, porque asistió á una fiesta que se celebró en las eminencias consagradas á Baal.

Como al parecer ofendian estas reconven- ciones al mayor Bridgenorth, quien no gusta-

ba como cualquier otro oír hablar de sus contratiempos y sobre todo ver que se le culpaba en ellas, comenzó el digno ministro á acusarse de haber manifestado en este asunto una condescendencia criminal; porque, como decia, aquella infeliz comida del castillo de Martindale provocaba la venganza divina. Esto era proclamar la paz, cuando no habia paz; era morar en las tiendas de los pecadores. Esto pues era la causa á que atribuía él su expulsion de la casa del curato, la destruccion de sus libros de teología los mas preciosos, el haber perdido su balandran y sombrero, y ademas dos barriles de cerveza excelente.

Estaba el espíritu de Bridgenorth muy poseido de la devocion, y sus pasados infortunios la hicieron tan sombría y austera que no era de extrañar hubiese comenzado á desaprobár él mismo su propia conducta al oír á cada instante discursos repetidos por un pastor á quien habia estimado siempre, y que miraba entonces como un mártir de su fe mutua. Por esto se reprendia de haberse dejado llevar mas allá de lo justo en su gratitud para con lady

Peveril; decíase á sí propio que los argumentos de esta señora en favor de las ideas de tolerancia y liberalidad le habian reducido hasta el punto de haberle hecho cometer una accion que propendia hasta comprometer sus principios religiosos y políticos.

Una mañana en que el mayor Bridgenorth, despues de haberse cansado la cabeza en diferentes pormenores relativos al arreglo de sus negocios, estaba reposando en su poltrona al lado de su ventana, posicion que, por una vuelta de ideas bastante natural, le recordaba los tiempos pasados, y la paciencia con que esperaba él la visita diaria de sir Geoffrey. — Seguramente, seguramente, decia él, en alta voz, la amistad que tenia yo entonces á este hombre no era pecado.

Solsgrace, que estaba en el cuarto, y adivinaba lo que pasaba en el interior de su amigo, cuya historia le era perfectamente conocida, le respondió. — Cuando Dios mandó á los cuervos que alimentasen á Eliseo, escondido junto al arroyo Cherit, no sabemos que acariciase á las aves impuras, forzadas, contra su natural

y por un milagro, á satisfacer sus necesidades.

— Eso puede ser muy bien, respondió Bridgenorth; pero el ruido de sus alas debia ser tan grato al oido del hambriento profeta, como lo eran para el mio los pasos del caballo de sir Geoffrey. Los cuervos volvieron á tomar su naturaleza luego que pasó este tiempo, y esto mismo es lo que me ha sucedido. ¡Oiga vm.! exclamó él sobresaltado, siento ahora mismo los pasos de su caballo.

Era raro que los ecos silenciosos se interrumpieran por el estrépito de pies de caballos, sin embargo esto pasaba en el momento. Bridgenorth y Solsgrace se admiraron tambien, y aun se dispusieron á creer era otro nuevo acto de opresion mandado por el gobierno, cuando el criado antiguo de Bridgenorth sin mucha ceremonia, porque sus modales eran casi tan sencillos como los de su amo, presentó á un hombre alto, un poco avanzado en edad, que por la forma de sus vestidos, los cabellos largos y el sombrero adornado con una pluma, indicaban un Caballero. Saludó á los dos amigos

en un tono algo seco, pero cortés, y dijo que era sir Jasper Cranbourne, encargado de un mensaje particular para el señor Rodolfo Bridgenorth de Moultrassie-Hall, de parte de su respetable amigo sir Peveril del Pico, y que deseaba saber si gustaba el señor Bridgenorth permitirle cumplir su mision en este cuarto ó en otra parte.

— Cuanto pueda tener sir Geoffrey Peveril que comunicarme, respondió el mayor Bridgenorth, puede saberse al instante, y á presencia de mi amigo para quien no tengo secreto alguno.

— Nunca estará por demas la presencia de un amigo, respondió sir Jasper despues de haber titubeado un momento, y mirando á Solsgrace, por el contrario seria lo mas apetecible del mundo; pero me parece que ese caballero tiene trazas de ser algo del clero.

— No tengo secreto, dijo Bridgenorth, y no quiero tener alguno que no pueda oir un miembro del clero.

— Como vm. guste, respondió sir Jasper, por otra parte su conciencia puede estar bien se-

gura, porque se sabe que vuestros ministros, y digase sin que vm. se incomode, han probado que no son enemigos de negocios como el que tengo que comunicarle.

— Al caso caballero, dijo Bridgenorth en tono grave; y suplico á vm. se sienta, como no prefiera estar de pie.

— Es preciso lo primero evacuar mi comision, replicó sir Jasper enderezándose; segun como vm. la reciba podrá saber si debo sentarme ó no en Moultrassie-Hall. Sir Geoffrey Peveril del Pico, señor Bridgenorth, ha examinado con madurez las circunstancias que han motivado la division entre ambos, como vecinos. Ha encontrado en los tiempos antiguos varios ejemplos, repito sus mismas palabras, que le obligan á practicar todo lo que le permite su honor, para borrar todo vestigio de resentimiento por ambas partes; y, para llegar á este punto apetecido, está dispuesto hasta un grado tal de condescendencia cual vm. no podria esperar, y que por consecuencia será muy de su agrado.

— Permitame vm. que le diga, sir Jasper,

respondió el mayor, que todo eso no es del caso. Yo no me he quejado de sir Geoffrey; no le he pedido que haga sumision alguna; yo estoy en visperas de ausentarme del pais, y los negocios que tenemos pueden arreglarse por otros tan bien como por nosotros mismos.

— En una palabra, dijo el ministro, el digno mayor Bridgenorth ha tenido ya bastante trato con los impios, y no trata de tener mas con pretexto alguno.

— Señores, dijo sir Jasper con una cortesia inalterable, vms. se engañan mucho en cuanto al tenor de mi mision, y harán vms. mejor en oirla por entero, antes de contestar á ella. Presumo, señor Bridgenorth, que se acuerda de la carta que escribió á lady Peveril, cuya copia conforme traigo aqui. Parece que vm. se queja del trato de sir Geoffrey, y en particular del modo con que le ha echado á vm. abajo del caballo en Hartley-Nick, ó cerca de alli. En este caso sir Geoffrey piensa de vm. con tanto honor, que no duda le hubiese pedido la satisfaccion que un gentilhombre debe á otro, si no hubiera vm. reconocido la inmensa distancia